



ANA
MARÍA
SHUA

**NO
SON
HAIKUS**

emecé

Ana María Shua

No son haikus

emecé

Por qué no son haikus

Cada vez que un poeta, en cualquier lugar del mundo, publica un libro de supuestos haikus, se alzan voces airadas denunciando la impostura: esos no son haikus. Si consideramos las características de los poemas clásicos japoneses, las voces tienen razón.

El haiku es una composición poética formada, en japonés, por cinco *moras*, dispuestas en tres versos de cinco, siete y cinco *moras*. ¿Qué son, exactamente, las *moras*? La interesante y compleja explicación que da Alberto Silva, gran traductor del haiku, no es suficiente para completar los espacios en blanco que deja mi ignorancia de la lengua japonesa. Se trata, sin duda, de alguna especie de unidad sonora, pero si fueran simplemente sílabas, se las llamaría así. Juan José Tablada, el poeta mexicano que adaptó el haiku al español, no interpretó las *moras* como sílabas, o al menos no intentó mantenerse dentro del marco de las diecisiete sílabas. Se limitó a confiar en la brevedad y en los tres versos (que a veces, en su poética, son cuatro). Cometió, además, en ciertos casos, el pecado de la rima, que los poetas tradi-

cionales japoneses tenían prohibido. En cambio fue fiel a lo que muchos consideran la esencia del haiku: su relación con la naturaleza, la descripción visual, con frecuencia también sonora y, hasta cierto punto, la ausencia de metáfora: dura prohibición para un poeta. Concentrado en una imagen, fija o en movimiento, el haiku no hace más que mostrar, señalar, compartir algo que el *haijin*, el autor de haikus, ha visto y quizás oído. Una pequeña revelación, que condensa a su manera el sentido (o el sinsentido) del universo. Dice Tablada, en un haiku que incluye el delito de la rima:

Remanso

*Las espumas del río se arremansan
y entre las piedras fingen
grandes esponjas blancas.*

Fascinado por el haiku, Octavio Paz elige también cumplir con las normas que rigen el contenido, se decanta por la relación con la naturaleza, prefiere obviar la exigencia de las diecisiete sílabas, apenas puede contener la metáfora.

*Sobre la arena
escritura de pájaros
memorias del viento.*

Conciente de sus transgresiones, ni siquiera Borges se atreve a llamar haikus a los diecisiete brevísimos poemas incluidos en *La Cifra*. A diferencia de Tablada y de Paz, Borges respeta la exigencia formal y arbitraria de las diecisiete sílabas. Pero no todos sus poemas describen la naturaleza y mucho menos se refieren a las estaciones del año. Esa es otra característica del haiku clásico. Una vez más, se interponen cuestiones idiomáticas. En japonés hay palabras (*kigo*) que, por razones de tradición, aluden en forma directa a las estaciones y son casi obligatorias. No tenemos un equivalente de las *kigo* en español. En varios de sus poemas, Borges ni siquiera invoca a la naturaleza; se dedica, en todo caso, a las preocupaciones humanas, como en este poema, tal vez mi preferido:

*La vieja mano
sigue trazando versos
para el olvido.*

Al parecer, para la poesía japonesa, esos versos serían *senryus* y no haikus. El *senryu* utiliza la forma métrica del haiku pero elige como tema los asuntos humanos. Por alguna razón, poco se sabe en Occidente de los *senryus*, que han sido asimilados al género mucho más conocido de los haikus.

Tampoco Benedetti, que respeta la métrica tradicional, elige escribir dentro del marco temático del haiku clásico. Después de una larga y fundamentada introducción a su *Rincón de Haikus*, concluye diciendo que *Apenas he tenido la osadía de introducirme en esa pauta lírica, pero no apelando a tópicos japoneses, sino a mis propios vaivenes, inquietudes, paisajes y sentimientos.*

Hoy la palabra *haiku* se ha extendido en el mundo para nombrar casi cualquier composición breve de tres versos, olvidando la cuestión de los tópicos y las diecisiete sílabas. Hay un elemento más que es necesario mencionar si vamos a considerar los poemas clásicos japoneses, y volvemos a la cuestión idiomática. Algunas lenguas tienden a la brevedad y a la síntesis, otras exigen mayor extensión para dar cuenta del mismo sentido. Puedo comparar el español con el inglés, que tiene muchas palabras de una sola sílaba y permite explayarse cómodamente sin exceder los límites de la brevedad extrema. ¿Cómo será, en ese sentido, el japonés? Podría investigarlo, por supuesto, pero, como Bartleby, prefiero no hacerlo.

Muchos *haijines* japoneses de los siglos XVII y XVIII fueron poetas vagabundos, que recorrían los caminos en busca de imágenes reveladoras mientras intentaban, al mismo tiempo, olvidar esa búsqueda, para lograr el desapego que conduce a la emoción súbita, para permitirse convocar lo inesperado.

Basho, el creador del haiku, Issa, Buson, recorrieron los caminos de Japón distraídos y atentos, ajenos a sí mismos y, sin embargo, con su sensibilidad al desnudo, preparados para percibir los sutiles mensajes del misterio. Considerado uno de los mayores poetas japoneses, Basho fue el autor del más famoso de los haikus, traducido así por Paz:

*Este camino
ya nadie lo recorre,
salvo el crepúsculo.*

Según indica la fecha de mi archivo original, comencé a escribir estos poemas en el año 2006. Como a otros, me fascinan los límites, el desafío de la expresión poética encerrada en rigurosas diecisiete sílabas, en tres versos de cinco, siete y cinco sílabas cada uno. Por ser autora y, sobre todo, lectora de microrrelatos, sé que la brevedad extrema del signifi- cante puede ser un atajo hacia el máximo significa- do. La arbitrariedad de la forma no es menos absurda que la del soneto (tan distinto, además, en español y en inglés). Elegí, entonces, priorizar el rigor de la métrica por sobre la temática que me pareció, al principio, absolutamente ajena, casi incomprensible, teniendo en cuenta mi nula relación personal con la naturaleza. Sin embargo, me gusta mucho caminar y de pronto descubrí que podía encontrar también pequeñas iluminaciones en el paisaje ur-

bano. Pensé dividir el libro en secciones relacionadas con las preocupaciones humanas y el paisaje de la ciudad, pero finalmente decidí que los versos de *No son haikus* mantuvieran el orden en el que fueron surgiendo.

Me imagino a los *haijines* vestidos con sencillos y holgados kimonos de viaje, de colores oscuros, apoyados en sus cayados de caminante, pidiendo té verde en alguna posada del camino, ensimismados en la composición del poema. Mi imaginación no suele tener relación con la realidad, pero estamos hablando del pasado y, después de todo, qué es el pasado sino una de las fantasías más sofisticadas de la humanidad.

No sigan las huellas de los antiguos, busquen lo que ellos buscaron, escribió Basho, cuyas huellas sigo.



Las palabras son
como el agua que fluye.
Y como rocas.

Tu piel despide
un suave olor a humo.
Estoy ardiendo.

La luna muere
y cada mes renace.
La gente muere.

Enteramente
otra sed, pero también
eternamente.